

**A** estas alturas, ya nadie duda de que Artur Mas es un cadáver político, un zombi con fecha de caducidad, aunque consiga aparentar buena salud. Un colosal error de cálculo le llevó a un proceso electoral del que salió escaldado y con una única perspectiva: la huida hacia adelante.

Tal y como están ahora las cosas, es muy improbable que el presidente de la Generalitat pueda dar marcha atrás; rueda cuesta abajo, y aunque de vez en cuando pueda realizar un minúsculo guiño al entendimiento, la sombra vigilante de ERC se encarga de enderezar el rumbo hacia el *único* fin que esta formación política pretende: la consecución de la independencia. Metido en un callejón sin salida, el destino de Mas parece inevitablemente ligado a su autoinmolación. Eso sí, pasará a la historia como el patriota catalanista que lo intentó hasta el final y aunque no lo logró (esa es mi opinión, veremos si acertada o no), estuvo más cerca de ello que ninguna otra intentona anterior.

Claro que, en este empeño, la alocada carrera de Mas va a provocar mucha frustración, mucha ira, mucho odio y mucho desencanto. Para empezar, ha conseguido sumergir a Catalunya entera en un clima de confusión como jamás había sucedido antes.

Confusión sobre la naturaleza del proyecto, un nuevo estado de Europa cuando la UE declara que eso no es posible, que habrá que negociar un nuevo tratado en caso de creación de un nuevo Estado (con el posible veto de España) y someterse a exigencias como la entrada en la OTAN, por poner un ejemplo. Las declaraciones de Mas, casi chulescas, diciendo que se ponga la UE como se ponga, Catalunya seguirá dentro, son, más que nada, patéticas.

Confusión en Convergència, donde se está produciendo la automarginación de sectores moderados, arrinconados por los talibanes independentistas, a pesar de la fortísima degradación del partido que le conduce a una nueva catástrofe electoral.

Confusión en Unió Democràtica, con un Duran i Lleida que sigue ostentando la máxima representación parlamentaria española en relación con el exterior, y que no quiere oír hablar de independencia, pero con parte de sus bases que están por ella.

Confusión en el PSC, que quiere contentar a todos, como si eso fuera posible, y lógicamente no contentará a ninguno.

Confusión en ICV y EUiA, con la primera que no se sabe lo que quiere y la segunda con su Coordinador, Joan Josep Nuet, apostando por la República catalana mientras se mantiene como parlamentario en el grupo de Izquierda Unida.

Confusión en el PP catalán, tras las declaraciones de Esperanza Aguirre, que ha puesto a más de uno (y de una) de los nervios, moviéndoles el suelo.

Confusión en los sindicatos, que siguen en su ambigüedad de alinearse en lo que suponen políticamente correcto, alejándose cada vez más de la clase trabajadora.

Confusión en el gobierno español, que no sabe cómo atajar el proceso y opta por la vía de dejar que las cosas se pudran, a ver si se arreglan solas, soltando, eso sí, algo más de pasta.

¿Quiénes se libran de esa confusión? ERC, la CUP y Ciutadans, obviamente, pues su proyecto está claro, y quizás por ello suben en las encuestas. Y también un número importante de catalanes, que ilusionados viven la ilusión de lograr la independencia. Eufóricos, movilizados, esos catalanes ya no responden unívocamente al patrón del catalanismo rancio, de base rural, cristiano y post-carlista de antaño; surgen de la clase media, con fuerte presencia urbana, y en muchos casos son de habla castellana. Muchos de ellos han creído lo que la propaganda gubernamental –que ha manejado a fondo los medios públicos de comunicación (y los fuertemente subvencionados, que para el caso es lo mismo)– les ha transmitido: que con la independencia los catalanes seremos más ricos, tendremos más derechos, se acabarán los recortes y viviremos en el más feliz de los mundos. Les ha faltado decir que seremos más altos, más rubios y más guapos, pero todo se andará.

Algunos han teorizado que el aumento del independentismo es coyuntural, que obedece exclusivamente al engaño en el terreno económico. Seguramente tienen razón, pero olvidan que inevitablemente arraigará, una vez cruzada la línea roja, en los corazones, convertido en sentimiento, en emociones. Y a eso difícilmente puede dársele la vuelta.

De modo que si la separación es inviable (así lo creo yo, por múltiples razones que no caben aquí) y las emociones en sentido contrario crecen, nos aguardan unos años pantanosos, difíciles, de inaguantables tensiones, de frustraciones sin fin.

Y, mientras tanto, las reivindicaciones sociales seguirán borradas de la faz de las tierras catalanas (¿alguien se acuerda del 15M en Catalunya?). ¿Hemos olvidado los catalanes que Artur Mas es un neoliberal decidido, que antes de que lo hiciera Rajoy tomó medidas que eran claramente antisociales?

Parece que sí, que lo hemos olvidado.

Que Dios nos pille confesados ante lo que se nos viene encima, aunque algunos seamos ateos.

*Miguel Riera*